

DAVID JAMES POISSANT

EL CIELO DE LOS ANIMALES

Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc



Poissant, David James
El cielo de los animales. – 1a ed. – Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
352 p.; 22,5x14 cm.

Traducido por: Teresa Arijón y Bárbara
Belloc
ISBN 978-987-628-383-0

1. Narrativa Estadounidense. 2. Cuentos.
I. Arijón, Teresa, trad. II. Belloc, Bárbara, trad.
III. Título
CDD 813

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: diciembre de 2015

© 2014, David James Poissant. By arrangement with the author. All rights reserved.

© de la traducción Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2015

© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-383-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

para Marla
siempre

El Hombre Lagarto

Entro al garaje con un chirrido cuando está asomando el sol y veo a Cam en la escalera de la casa, con su hijo Bobby. Cam está de pie. Es un hombre corpulento, pura fibra y músculos gracias a una década de trabajo en el gremio de la construcción. Tiene mangas de dragones verdes tatuados en los dos brazos, desde las axilas hasta las muñecas. Dice que, si se mira de cerca, puede verse un par de mujeres desnudas entre las escamas.

Cuando Crystal lo dejó, Cam se quedó con el chico, lo cual muestra qué clase de madre era Crystal. Cam es el único amigo que me queda. Cuando está sobrio es un santo, y hace diez años que no prueba una gota de alcohol.

Pone una mano sobre el hombro del niño, pero Bobby se suelta y sale corriendo. Viene directo hacia la camioneta, se prende a mi pierna y la abraza con todo el cuerpo. Empiezo a caminar en dirección a Cam. Bobby rebota y ríe con cada paso que damos.

Cam y yo nos estrechamos la mano como si nada, pero su expresión lo dice todo.

—¿Otra vez turno noche? —dice.

Hecho un rollo marrón, el delantal asoma de mi bolsillo delantero, y yo apesto a grasa de cocina.

—Sí —digo.

No le dije a Cam que perdí los estribos y le grité a un cliente, que aparentemente algunas personas no saben qué significa *vuelta y vuelta*, que mi decisión de trabajar en el turno de diez a seis es lo que me permite tener luz y agua en casa.

–Bobby –dice Cam–, ve a jugar un rato, ¿sí?

Bobby suelta mi pierna y mira a su padre, escéptico.

–No me obligues a decírtelo dos veces –dice Cam.

El chico corre hasta mi buzón, se tira al pasto, se cruza de piernas y frunce el ceño.

–Sigue caminando –dice Cam y Bobby lenta, deliberadamente, se pone de pie y camina rezongando hacia su casa.

–¿Qué pasa? –digo–. ¿Qué problema hay?

Cam sacude la cabeza.

–Red ha muerto –dice.

Red es el padre de Cam.

“El hijo de puta me daba unas tremendas palizas”, dijo Cam una noche, hace tiempo, cuando los dos bebíamos demasiado y nos contábamos historias tristes. Al cumplir dieciocho, Cam se enroló en el ejército y fue a combatir en la primera Guerra del Golfo. La última vez que vio a su padre, el viejo estaba cruzando el jardín, tambaleándose, borracho. “¡Vete de una buena vez!”, le gritó. “Vete a morir por tu país de mierda.”

Bobby nunca supo que tenía un abuelo.

No sé si Cam se siente molesto o aliviado y no sé qué decir. Cam debe haberse dado cuenta, porque dice:

–Está bien, yo estoy bien.

–¿Cómo fue? –pregunto.

–Estaba bebiendo –dice Cam–. El barman dijo que Red estaba riéndose y de golpe cayó de frente sobre la barra. Cuando fueron a despertarlo ya estaba muerto.

–Guau –digo. Es una estupidez decir guau, pero estuve levantado toda la noche. Mi mano todavía sostiene una invisible espátula de acero, tengo manteca debajo de las uñas.

–Necesito que me hagas un favor –dice Cam.

–Lo que sea –digo. Cuando estuve en la cárcel, fue Cam el que pagó la fianza. Cuando mi esposa y mi hijo se mudaron a Baton Rouge, fue Cam el que golpeó mi puerta, me hizo levantar a la fuerza, tiró todas mis botellas en el jardín de adelante, les prendió fuego y me consiguió un trabajo en el restaurante de su amigo.

–Necesito que me lleves a su casa –dice Cam.

–Bueno –digo. Hace años que Cam no tiene auto. Muchos de los vecinos de la cuadra no pueden pagar postigos para protegerse de las tormentas, así que ni pensar en un auto. Pero estamos en St. Petersburg, una ciudad para peatones, y el centro está a sólo cinco minutos de caminata.

–Bueno, no te apresures a decir que sí –dice Cam–. La casa de Red está en Lee.

–¿Lee, Florida?

Cam asiente. Lee está cuatro horas al norte, es una de las últimas ciudades sobre la Interestatal 75 camino a Georgia.

–No hay problema –digo–. Siempre y cuando esté de vuelta esta noche antes de las diez.

–¿Otra vez turno noche? –pregunta Cam.

Yo asiento.

–Bueno –dice–. Vamos.

★ ★ ★

El año pasado tiré a mi hijo por la ventana del comedor. No recuerdo con exactitud cómo ocurrió. Recuerdo que entré en la habitación. Recuerdo que vi a Jack con la boca pegada

a la boca del otro chico, recuerdo sus manos moviéndose rápido en la entrepierna del chico. Después me recuerdo parado, en el jardín, mirándolo desde arriba. Lynn salió corriendo de la casa a los gritos. Vio a Jack y me dio una cachetada. Me pegó puñetazos en los hombros y en el pecho. Arriba, desde el marco de la ventana, el otro chico nos miraba temblando, abrazándose con sus brazos flacos. Jack estaba tirado en el suelo. No se movía, excepto por el subibaja del pecho. El panel de la ventana se había roto impecablemente y no había rastros de sangre, sólo esquirlas de vidrio desparramadas sobre las flores, pero Jack tenía un brazo doblado debajo de la cabeza como si estuviera dormido y el codo fuera su almohada.

—Llama al 911 —le gritó Lynn al chico.

—No —dije. Yo no entendía nada de lo que estaba pasando, pero sabía que no podíamos pagar una ambulancia—. Yo lo llevo.

—¡No! —gritó Lynn—. ¡Lo vas a matar!

—No lo voy a matar —dije—. Ven aquí.

Le hice un gesto al chico, que sacudió la cabeza y retrocedió.

—Por favor —dije.

El chico pasó, algo indeciso, por encima del borde filoso de la ventana. Plantó el pie en la cornisa de ladrillo de la pared del frente y saltó los pocos metros que lo separaban del suelo. Los vidrios rotos crujieron bajo sus zapatillas.

—Agárralo de los tobillos —dije. Deslicé las manos bajo las axilas de Jack y entre los dos lo levantamos. Uno de sus brazos se arrastraba por el suelo cuando lo llevamos al auto. Lynn abrió la puerta trasera. Acostamos a Jack en el asiento y lo tapamos con una manta. Hicimos lo que había que hacer, lo que uno ve que hacen en la televisión.

Algunos vecinos habían salido a mirar. Los ignoramos.

—Necesito que me acompañes —le dije al chico—. Cuando terminemos te llevo a tu casa. El chico retorció el dobladillo de la camisa con las dos manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No voy a lastimarte, si es lo que estás pensando.

Salimos rumbo al hospital. Lynn nos siguió en mi camioneta. El chico iba a mi lado en el asiento del acompañante, el cuerpo pegado a la puerta, aferrando el cinturón de seguridad con una mano a la altura de la cintura. Cada vez que pasábamos un bache se daba vuelta para mirar a Jack.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Alan —dijo.

—¿Cuántos años tienes, Alan?

—Diecisiete.

—Diecisiete. Diecisiete. ¿Y alguna vez estuviste con una mujer, Alan?

Alan me miró; estaba más pálido que un muerto. Aferró con más fuerza todavía el cinturón de seguridad.

—Es una pregunta simple, Alan. Te estoy preguntando: ¿estuviste con una mujer?

—No —dijo Alan—. No, señor.

—¿Entonces cómo sabes que eres gay?

Jack se revolvió en el asiento de atrás. Gimió y se quedó callado. Alan lo miraba.

—Mírame, Alan —dije—. Te hice una pregunta. Si nunca estuviste con una mujer, ¿entonces cómo sabes que eres gay?

—No lo sé —dijo Alan.

—¿Quieres decir que no sabes si eres gay o que no sabes cómo lo sabes?

—No sé cómo lo sé —dijo Alan—. Pero lo sé.

Pasamos por la panadería, el lavadero y el supermercado y llegamos a los límites de la ciudad. A lo lejos, la silueta del helicóptero en el techo del hospital. A nuestras espaldas, la persecución constante de la camioneta.

—¿Y tus padres están enterados de esto? —le pregunté.

—Sí —dijo Alan.

—¿Y están de acuerdo?

—En realidad, no.

—No. Apuesto a que no, Alan. Te apuesto lo que quieras a que no están de acuerdo.

Miré por el espejo retrovisor. Jack no había abierto los ojos, pero se había llevado una mano a la sien. La otra mano, la que correspondía al brazo roto, yacía a un costado de su cuerpo. Los dedos se movían, pero sin propósito; la mano se abría y se cerraba con movimientos espasmódicos.

—Tengo una pregunta más para hacerte, Alan —dije.

Alan parecía estar a punto de vomitar. Tenía los ojos clavados en el camino sinuoso que se abría delante de nosotros. Tenía miedo de mí. Miedo de mirar a Jack.

—¿Qué derecho tienes a enseñarle a mi hijo a ser gay?

—¡Yo no le enseñé! —dijo Alan—. Yo no soy.

—¿No eres? ¿Entonces cómo lo llamas? ¿Cómo llamas a lo que estaban haciendo? Lo que hacían en el sofá.

—Señor Lawson —dijo Alan, y el tono de su voz cambió. Y entonces sentí que estaba hablando con otro hombre—. Con el debido respeto, señor, permítame decirle que fue Jack el que me buscó.

—Jack no es gay —dije.

—Sí que es. Yo lo sé. Jack lo sabe. Su *esposa* lo sabe, señor Lawson. No entiendo cómo usted no lo sabe. No entiendo cómo no vio las señales.